

EVOLUCION DEL PENSAMIENTO ESTRATEGICO NAVAL *

LA FUERZA ORGANIZADA Y LA BATALLA NAVAL DECISIVA

Horacio Justiniano Aguirre
Vicealmirante

CONCEPTOS TRADICIONALES

Introducción

Se ha podido apreciar, al estudiar los elementos de la estrategia marítima, que las comunicaciones marítimas constituyen, entre ellos, el que menos dificultades ofrece para su adecuada comprensión, pese a las significativas variaciones que ellas han experimentado a través de la historia, y a las aún más substanciales variaciones que las afectan al pasar de la situación de paz a la de guerra.

Por el contrario, los otros dos elementos de la estrategia marítima son objeto de diversas interpretaciones debido, tal vez, a la circunstancia de que no han sido tratados con suficiente detención por algunos autores. Si lo anterior es válido para la batalla naval decisiva, lo es más aún para la fuerza organizada, cuyo significado no ha sido señalado con la precisión adecuada.

El avance tecnológico aporta, a su vez, una nueva fuente de interpretación de estos conceptos, así como una medida distinta de su trascendencia, diferenciándose –tanto la una como la otra– de las

ideas tradicionalmente conocidas al respecto.

Las consideraciones señaladas a continuación intentan suplir en parte dicho vacío en la literatura existente.

Antecedentes

Los primeros esfuerzos por exponer un pensamiento estratégico naval respecto de la fuerza organizada y la batalla naval decisiva son relativamente tardíos, pues surgen solamente a mediados del siglo XVIII, en Francia. Sin embargo, para los fines concretos que nos interesan, nos limitaremos únicamente a mencionar a autores muy posteriores, como el Almirante Philip Colomb, con su obra *Naval Warfare* (1891), y el Almirante Alfred T. Mahan, con su *Influencia del poderío marítimo en la historia* (1890). Ellos expusieron en la forma más clara y destacada el control del mar como el objeto de la guerra en el mar, y señalaron la preeminencia de la Fuerza organizada y de la batalla como los medios para lograr tal propósito. A esta conclusión llegaron ambos autores después de realizar independientemente exhaustivos análisis de las guerras anglo-holandesas y franco-británicas, desde la época de Luis XIV hasta el Primer Imperio.

* Segunda y última parte del tema del epígrafe.

Cabe citar, como contrapartida de los conceptos señalados anteriormente, el fenómeno conocido en Francia con la expresión "Jeune Ecole", que alcanzó su mayor auge entre 1885 y 1895. Dicha escuela preconizaba el impacto de los nuevos medios de combate sobre la estrategia y la guerra, pretendiendo negar validez a los principios sustentados hasta entonces; entre otras tesis, negaba la importancia de la Fuerza organizada y de la batalla, haciendo la apología de la guerra de corso como la mejor forma de alcanzar la decisión. Era curioso constatar que algunos de sus postulados pretendían basar la estrategia en una trascendente geometría con "curvas de contra salida" y "cuadriláteros estratégicos". Algunos de sus puntos de vista eran positivos, como –por ejemplo– el referente a la velocidad y capacidad ofensiva de los buques; no ocurre lo mismo, en cambio, con otros, como el relacionado con la capacidad de operar en alta mar con unidades demasiado pequeñas, que eran las que se propiciaba en aquella época.

Un análisis sereno volvió a la realidad a los más entusiastas, y de ello se encargaron, en Francia, el Capitán de Fragata René Daveluy, con su obra *Estudio sobre la estrategia naval*, de 1905, y con su *Lucha por el dominio del mar*, de 1906, y el Capitán de Navío Gabriel Darrieus, que publicó en 1907 *La guerra en el mar*. En 1911, Jullian S. Corbett, en su libro *Algunos principios de estrategia marítima*, expone sus teorías, en las que interpreta y revisa a Mahan y, aunque difiere en algunos aspectos de éste y de Colomb, principalmente en cuanto al método de razonamiento empleado, concluye reafirmando que la decisión se logra derrotando a la fuerza adversaria.

Pese a ser objeto de críticas por sus detractores, es interesante considerar el pensamiento del Almirante Raul Castex, porque su obra *Teorías estratégicas* constituye un conjunto ordenado de ideas expuestas en forma completa y sistemática, siendo su contenido claro, original y ameno. Respecto a la materia que nos ocupa –la Fuerza organizada y la batalla– coincide exactamente y refuerza los conceptos

de los autores citados, salvo, obviamente, los de la "Jeune Ecole" y algunas ideas de Corbett.

Sin embargo, justo es reconocer que la lectura de las obras citadas no permite llegar a una definición precisa de lo que significa el concepto de Fuerza organizada, pero permite constatar que en forma general es considerada como el instrumento, constituido por las unidades más poderosas, mediante el cual se logra, a través de la batalla, la conquista del control del mar, esto es, el control de las comunicaciones marítimas vitales de superficie, en el área y por el tiempo que sean requeridos para los fines de la guerra.

Hasta aquí los antecedentes sobre la Fuerza organizada. Destacaremos ahora algunos aspectos referentes a la batalla naval decisiva.

Si bien constituye un hecho bélico de significación estratégica, no ha recibido –de parte de los autores especialistas en estos temas– un tratamiento suficientemente profundo. La excepción es la obra del Vicealmirante Wolfgang Wegener, quien en forma bastante acertada y precisa se refiere a ella en su libro *La estrategia naval en la Guerra Mundial*, aludiendo al conflicto 1914-1918. Tiene especial interés lo que escribe sobre el propósito de la misma, su fundamento estratégico, su probabilidad de ocurrencia y la relación, tanto con el orden cronológico de las operaciones como con la maniobra estratégica.

Sin embargo, estimamos necesario profundizar algo más en el análisis de la batalla, a fin de comprender mejor su actual significado y trascendencia.

CONCEPTOS ACTUALIZADOS

Fuerza organizada

Se impone definir lo que deberíamos entender por Fuerza organizada, en el sentido en que ha sido empleado el término en el pasado y hasta nuestros días. Esta definición no se encuentra explícita

en las obras citadas, aunque por las referencias puede deducirse; de aquí surge el concepto que hemos empleado hasta ahora: "núcleo estratégico de unidades navales principales de combate de superficie, capaz de cumplir con mayor eficacia y en la forma más integral las tareas que la misión de la Armada exige, tendentes a lograr el control del mar con las mayores posibilidades de éxito, para enfrentar a la Fuerza organizada del adversario en la batalla naval decisiva como medio para alcanzar dicho fin".

Si pretendiéramos que tal definición respondiera al concepto de todos cuantos participaron y/o describieron y analizaron las operaciones navales conducidas por Suffren, Nelson, Togo, Jellicoe, Von Spee, Scheer, Toyoda, Yamamoto, Spruance, Halsey y otros, a través de la historia naval universal, deberíamos desde ya reconocer que no podría ese concepto haberse mantenido inalterable. Lo anterior, incluso sin referirnos todavía a la época actual y al futuro.

La organización de las flotas en las guerras anglo-holandesas y franco-británicas, citadas precedentemente, así como las de la Revolución y el Imperio, obedeció al despliegue estratégico requerido por la situación. A diferencia de lo ocurrido durante la Primera Guerra Mundial y en las guerras chino-japonesa y ruso-japonesa, en aquéllas no hubo uno sino varios núcleos estratégicos o agrupaciones de unidades que constituyeron Fuerzas organizadas, en el caso de cada beligerante. Lo mismo ocurrió en la Segunda Guerra Mundial, al menos en las flotas de Estados Unidos y de Gran Bretaña.

Por otra parte, el tipo de unidades que integraron el cuerpo principal fue variando con el avance tecnológico, desde los tiempos de la vela hasta los del acorazado y el portaaviones.

Aparte del avance tecnológico, la constitución de la Fuerza también se vio influenciada por la situación general y particular de los beligerantes y las características de las áreas marítimas más significativas del teatro de operaciones na-

vales. Es así como en la guerra del Yom Kippur, entre Israel y Egipto, se enfrentaron en batallas navales Fuerzas organizadas constituidas exclusivamente por lanchas misileras, cuya misión consistió en disputar y conquistar el control del mar en las áreas y momentos estratégicos de interés para la suerte del conflicto.

La situación actual presenta un panorama con tan especiales características, respecto a tecnología y situaciones posibles de los beligerantes, que si se mantuviese el concepto de Fuerza organizada habría que darle una amplitud extraordinariamente mayor, en comparación con el pasado.

En cuanto al tipo y cantidad de unidades que la integren, no habría limitaciones, y es así como, de acuerdo con las capacidades operativas y estratégicas de un submarino, por ejemplo, nada le impediría integrarse a una Fuerza. Ya ha ocurrido que una tarea propia de una Fuerza organizada, como es el bloqueo militar de una flota, fue cumplida por los submarinos nucleares británicos en el conflicto del año 1982 contra Argentina. La defensa de las comunicaciones marítimas tampoco les estaría ya vedada, como lo estaba en el pasado para los submarinos convencionales.

Hay organizaciones que pudieron sorprender hace treinta años –pero no ya en la época actual– como ha sido el caso de las Fuerzas de Tarea soviéticas, cuya reiterada participación en maniobras y ejercicios ha ido evidenciando una composición balanceada y desusadamente dispersa –con hasta 60 ó más millas entre las diversas agrupaciones– pretendiendo, aparentemente, crear una mayor amenaza en una amplia zona, y en cuya composición se distingue alguno de los siguientes medios:

— Formaciones de superficie de dos o tres unidades, incluyendo un misilero superficie-superficie de largo alcance (400 millas), apoyado por otras unidades antiaéreas y antisubmarinas con misiles superficie-aire;

— Barreras escalonadas y poco densas de submarinos, con o sin misiles de superficie, para localización, mantenimiento del contacto y ataque;

— Exploración aérea confiada a aviones basados en tierra, con capacidad ofensiva de misiles aire-superficie de largo alcance (450 millas). La unidad táctica aérea está compuesta de 2 a 3 aviones, y cumple, además, el guiado de misiles superficie-superficie en su fase final.

Forzoso es aceptar, entonces, que cada Estado determina con plena libertad y amplitud el tipo y cantidad de unidades que integran la o las Fuerzas organizadas, de modo que puedan cumplir más eficazmente la misión que les será asignada frente a la situación particular que se vive, sin sentirse limitado, obviamente, ni por consideraciones teóricas ni por otras que pudieran coartar su libertad de acción en esta importante decisión.

Otro aspecto, que nada tiene de nuevo, pero cuya significación ha ido en aumento progresivo, es la circunstancia de que el control del mar, que sólo se refiere al control de la superficie y se caracteriza por su imperfección, relatividad e importancia variable, se ve cada vez más afectado por la dificultad de controlar los espacios ubicados bajo y sobre la superficie, ahora más densamente invadidos por adversarios crecientemente agresivos y capaces. Esto significa que, pese a que se lograra destruir importantes núcleos de unidades de superficie mediante la batalla, el grado deseado de control del mar podría continuar aún muy lejano, debido a la subsistencia de importantes y agresivas Fuerzas de submarinos (nucleares o convencionales), así como aéreas y de superficie.

De lo expuesto hasta aquí se deduce que la diferencia tradicional entre Fuerza organizada principal y Fuerzas secundarias, es cada vez más difícil de precisar, particularmente por el hecho de que la Fuerza organizada puede incluir en su organización a unidades de cualquier tipo, cuyas características constituyen un aporte positivo para el cumplimiento de la

misión. Así, por ejemplo, a una Fuerza de submarinos balísticos nucleares, que cumple una misión de disuasión estratégica, resultaría lógico asignarle, por la trascendencia de su misión en la paz, una categoría de primera magnitud, más aún si en caso de conflicto tuviese que desencadenar una andanada nuclear.

En consecuencia, es recomendable mantener el concepto de Fuerza organizada, pero con las características señaladas, y suprimir la expresión Fuerzas secundarias, denominándolas según la misión específica que les sea asignada, pues lo que existe en realidad, en lugar de Fuerzas secundarias, son otros medios, constituidos por otros tipos de unidades no incluidas en la Fuerza organizada, pero que no caen necesariamente en la categoría de secundarias.

Batalla naval decisiva

El Almirante Wegener expresó en forma muy clara y objetiva el propósito y fundamento de la batalla, cuando lo señaló textualmente: "La batalla se produce recién cuando uno necesita, para vivir, algo que el adversario no puede dar, para no morir". Agregaba que "la batalla tiene su justificación o fundamento estratégico únicamente cuando mediante ella se apartan los obstáculos que se interponen impidiendo el cumplimiento de la misión".

Sin embargo, como la lectura de su libro *La estrategia en la Guerra Mundial* suele dejar algunas dudas cuando se refiere a lo que él llama "la batalla en sí", es decir, la batalla considerada como un fin y no como un medio de la estrategia, conviene aclarar este concepto. Lo incorrecto es buscar la batalla como procedimiento para resolver el problema estratégico, en lugar de accionar primero contra el objetivo estratégico que interesa, cuya significación es la que obligaría al adversario a concurrir con su Fuerza para oponerse, y frente a la cual sí que cabría enfrentar la batalla como el único medio de apartar el obstáculo que se interpone para el logro perseguido. Dichos objetivos estratégicos de interés pueden estar constituidos por

la posición estratégica que permite alargar el brazo del poder naval, por las comunicaciones marítimas del adversario, por objetivos de significación en territorio adversario, u otras similares. Según Wegener, entonces, no es necesario buscar la batalla como fin, porque ella se presenta espontáneamente si el adversario decide oponerse a nuestra misión, y ello podría ocurrir, por lo demás, con mucha mayor frecuencia de lo que pueda creerse o desearse.

Cabe agregar que la batalla y la destrucción de las fuerzas principales adversarias constituirá siempre un objetivo legítimo de significación estratégica, por la sencilla razón de que es el único medio resolutivo por excelencia para lograr definitivamente el control del mar, fin supremo de la guerra naval, ya que el bloqueo sólo puede otorgarlo transitoriamente, mientras dure su efecto.

¿Cuál sería, entonces, esa "batalla en sí", ese objetivo indeseable e inconveniente contra el cual previene Wegener a sus compatriotas, analizando la estrategia de la Flota de Alta Mar durante la Primera Guerra Mundial? Esa no es otra que la batalla buscada persistentemente como primer objetivo, olvidando las características de la guerra en el mar que permiten al débil, que no la desea, eludirla y postergarla en forma indefinida. Así, el menos fuerte frustra todos los esfuerzos de quien la busca obsesivamente, sin percatarse de que hay situaciones que no constituyen ni representan apremio suficiente para el débil, esto es, que no está en aquella situación, que "no puede dar para no morir", y que, en consecuencia, a veces, no se encuentra en juego nada de carácter vital que obligue a ir a la batalla.

De lo expuesto es obvio deducir cuán importante es determinar hasta qué punto el adversario debe o no afrontar la batalla y, mucho más importante aún, hasta qué punto nuestra Fuerza está obligada o no, por su misión, a enfrentar la decisión, sin olvidar, por cierto, apreciar debidamente las concretas posibilidades razonables de éxito existentes para tal acción.

La batalla, cuyo fin es eminentemente estratégico, es esencialmente táctica en su materialización. Este hecho determina que la forma en que se desarrolla puede ser extraordinariamente variada —de acuerdo a las nuevas tecnologías introducidas en el armamento, control y características generales de las unidades navales— lo que tiende a confundir las formas con el fin.

Es importante comprender que el avance tecnológico ejerce una notable influencia en la posible fisonomía de la batalla; ello permitirá una correcta aplicación de la estrategia, mediante los procedimientos tácticos adecuados y la oportuna adopción de las resoluciones correspondientes.

Es así como hoy, si un Almirante resuelve buscar la decisión, su actitud consistirá probablemente, a diferencia del pasado, en asestar golpes sucesivos que dañen severamente al adversario, explotando eficazmente toda ventaja táctica en armamento, en el campo táctico o en movilidad, sin necesidad de comprometer prematuramente su núcleo principal, sino empleando sus medios aéreos y luego sus misiles para terminar enfrentando un encuentro final de superficie si éste fuese necesario, en el que emplearían todas las armas aconsejables y disponibles.

La fisonomía prevista para esta batalla diferiría bastante de otras del pasado, y tendería a confundirse, a veces, con los contraataques mayores. Lo básico para definir la actitud estratégica será el instante en que el Comandante en Jefe adopte la resolución de buscar la decisión en una batalla cuya duración en el tiempo podría, además, resultar muy prolongada.

Por su parte, el mando que determine eludir y postergar la decisión en espera de una situación más favorable, deberá —a consecuencia del avance tecnológico— actuar con gran ingenio, sagacidad y audacia para maniobrar, buscando el desgaste y división del adversario mediante contraataques mayores.

Como siempre en el mar, la voluntad estratégica, y el hombre –con su querer y con su poder– constituyen el factor determinante para crear situaciones, hacer realidad el vínculo entre fuerza y posición,

y así poner en acción al poder naval. Al hacerlo, eso sí –y esto es muy importante– deberá emplearlo con la mayor energía y eficacia posibles, para lograr cabalmente el cumplimiento de su decisivo rol.

BIBLIOGRAFIA

- Raul Castex: *Teorias estrategicas*, 1929.
- Philip Colomb: *Naval Warfare*, 1891.
- Jullian S. Corbett: *Algunos principios de estrategia maritima*, 1911.
- Gabriel Darrieus: *La guerra en el mar*, 1907.
- René Daveluy: *Estudio sobre la estrategia naval*, 1905.
- Alfred T. Mahan: *Influencia del poderio maritimo en la historia*, 1890.
- Wolfgang Wegener: *La estrategia en la guerra mundial*, 1929.

